

La sombra de la mano de Tolstoi

Germán Guerra

—*tal vez la misma sombra*
que intuyó Emilio García Montiel—

Aquí y ahora,
 fumando en mis fantasmas,
 atado diezmo de los años y esos viajes
 que hoy son polvo y unas fotos amarillas,
 sentado como siempre en mi balcón de tiempo,
 aferrados los ojos a un par de atardeceres
 y sintiendo en todo el cuerpo
 las patadas que regala la vida,
 patadas que me empujan a escribir este poema,
 cuando se posa en la pared —ahora
 no recuerdo si a mi diestra o mi siniestra—
 la sombra de una mano
 y busco y espanto las hormigas del miedo
 porque no hay mano ni anillos que la salven
 flotando entre el sol y mi pared
 y la sombra se ha ido con la tarde.

Opacos soles del invierno
 carcomen los bordes de la historia,
 lápida y memoria bajo la luz que pudre.
 Moscú sitiada por el tiempo
 y todos los ejércitos afuera,
 sangre labrando caminos en la nieve
 y adentro, bien adentro,
 la ciudad, los zares blancos
 que salen de sus tumbas
 y devoran la momia del último patriarca.
 Magníficas campanas
 que nunca cantaron la gloria del imperio.
 Las cruces y el oro de los domos
 están preñando nubes
 en la iglesia de Khamovniki.
 Las grúas están armando el horizonte.
 Amagos de esperanza y esos viejos
 que mueren si paran de toser,
 que ya no cumplen años
 fundidos para siempre a sus abrigos

—los abrigos no guardan el color
ni el último estertor de los visones—
y yo escondido en mi sombrero
entrando en la casa de Tolstoi.

Y adentro, bien adentro,
después del gran salón
y el retumbar de voces de las nobles visitas,
después de los pasos gastando la escalera,
en el aséptico orden de manuscritos inconclusos,
simétricos ejércitos detenidos en el último ajedrez
fundidos a la nieve del tiempo
y la sombra de una mano sobre los reyes de marfil.
Ventana pariendo los soles opacos del invierno
y un par de atardeceres
que regalan la vida y el tiempo y la memoria.